

© LASSE HOLM ©

LOS HIJOS DEL REY VIKINGO

SAQUEO




ESPASA

LASSE HOLM

LOS HIJOS DEL REY VIKINGO.
SAQUEO

Traducción de Victoria Alonso y Rodrigo Crespo


ESPASA

Título original: *Lodbrogssønnernes Ran*

© Lasse Holm og JP/Politikens Hus A/S, København 2018
© por la traducción, Victoria Alonso y Rodrigo Crespo, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, S. L. U., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Este libro se ha publicado con la colaboración de Danish Arts Foundation

DANISH ARTS FOUNDATION

Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-670-5477-4
Depósito legal: B. 29.631-2018
Composición: Planeta Realización
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

— ¡Atrancad esa puerta! — La voz de Hastein sonaba resuelta y autoritaria—. ¡Arqueros, permaneced en las ventanas! ¡Todos los hombres a defender! Vamos a darles una buena paliza a esos meones de tumbas.

Se había atado su largo y rubio flequillo, que en su día le caía delante de los ojos. Ahora lo llevaba peinado hacia atrás y recogido en un moño por encima de la nuca. Alrededor de los finos y estrechos labios, la dorada pelusa del mentón se había convertido en una barba frondosa. Hastein ya no se parecía al muchacho que yo conocí en Inglaterra. Había crecido, tenía autoridad y carisma, y no vacilaba mientras gritaba órdenes a diestra y siniestra. Los apenas ochenta hombres que quedaban en nuestro séquito lo obedecieron sin rechistar.

— ¿Y si los francos arrojan antorchas al tejado? — le pregunté.

— Entonces estaremos perdidos.

Susurró para que los demás no lo oyeran. Su alegre indiferencia no podía ocultar que estábamos en un aprieto.

Diez días antes, desde la costa oeste del reino franco, habíamos remontado el río que los lugareños llaman Loire. Tras pasar por Nantes, cuyos habitantes se habían refugiado mucho tiempo antes tras gruesas e inexpugnables murallas, llegamos a Angers, que años atrás había sido saqueada tan a conciencia que no valía la pena. Hastein creyó que más hacia el interior, donde el río resultaba

difícil de navegar, podíamos encontrar nuevas aldeas que asaltar.

Ahora yo era un miembro de pleno derecho de la manada de lobos vikinga y hacía todo lo posible para estar a la altura. Durante un año entero había navegado, cabalgado y saqueado junto a mis compañeros. Por las noches había bebido desaforadamente junto al fuego y, a pesar de la resaca, había entrenado en el muro de escudos al día siguiente. Había lanzado bravuconadas, bramado y defendido mi honor, y nunca había retrocedido ante un desafío.

Lo mismo le ocurría a Hastein. Por eso no nos preocupó tener que dejar los barcos y adentrarnos en tierra, ya que contábamos con las fuerzas de otros cuatrocientos jóvenes. La sed de aventura nos hizo ignorar el riesgo que suponía luchar en el terreno del enemigo. Ahora nos arrepentíamos.

Un ejército de francos, comandado por el conde Robert de Anjou, nos había cortado el acceso a la costa. En sólo cuatro días, el conde y sus hombres nos dispersaron en varios grupos pequeños, derrotando o apresando a aquellos que se quedaban atrás, y llevándonos cada vez más al norte. Ahora nos tenían rodeados en un lugar llamado Brissarthe, una sucesión de chozas con techo de paja en torno a una iglesia, en la que nos habíamos refugiado con nuestras monturas. El pueblo era pequeño, pero el edificio de la iglesia era excepcionalmente grande: quince pasos en uno de sus lados y más de treinta en el otro. Las paredes eran de sillares de piedra gris muy sólidos, pero el techo estaba formado por planchas de madera sostenidas por una estructura del mismo material.

—¡Disparad a cualquiera que se acerque con una antorcha! —gritó Hastein a un grupo de arqueros que había trepado por la escalera hasta alcanzar un rellano situado bajo los dos arcos de la ventana de la fachada.

Los arqueros rompieron con hachas los pequeños pane-

les romboides de vidrio y apuntaron a través de los marcos de plomo. En torno a las claraboyas que se abrían en el alto techo de la nave de la iglesia, los demás estaban preparados. Sin embargo, los francos que se habían agrupado en la plaza no hacían ademán de atacar.

—¡Esos cobardes no tienen coraje para probar nuestras armas! —gritó Hastein.

—O puede que tengan otro plan —contesté—. Si quisieran prender fuego a la iglesia, podrían hacerlo con flechas en llamas.

Me hizo callar con una furiosa mirada. Los dos sabíamos que yo tenía razón, pero era importante mantener alto el ánimo.

Pasamos la tarde a la espera. A medida que la niebla vespertina atravesaba campos y bosques, el coraje de los hombres de la iglesia iba decayendo. Hastein preguntó a los tiradores de las ventanas qué podían ver.

—Los guerreros del conde Robert discuten con los locales —respondió uno de ellos—. Hay un sacerdote debatiendo con el capitán del conde.

—Los aldeanos no quieren quemar su iglesia. Su cicería juega a nuestro favor. —Hastein miró a su alrededor—. Busquemos algún pasaje subterráneo para salir de aquí.

En la primavera, algunas tripulaciones habían intentado saquear un monasterio cerca de la costa. Resultó que los monjes ya habían abandonado el lugar a través de un túnel secreto, y desde entonces esa historia se había contado muchas veces en torno a la hoguera. Aunque era dudoso que una iglesia rural estuviese tan bien decorada, nuestros desanimados hombres hicieron suya la idea.

—¡Buscad piedras sueltas en el suelo! —exclamó Hastein—. Agujeros ocultos en las paredes. Probad si puede moverse la piedra del altar.

Mientras caía la noche, registramos el lugar con la ayuda del resplandor de las antorchas del exterior. Muchos se

dieron por vencidos después de unas pocas horas, aunque otros, tozudos, siguieron rastreando. Periódicamente, había discusiones en la oscuridad cuando los que buscaban empujaban a los que estaban durmiendo. Poco antes del amanecer se oyeron gritos de júbilo en el coro. Una gran losa del suelo detrás del altar emitía un sonido hueco al golpearla. Con espadas y hachas rascamos y cavamos a lo largo de los lados de la piedra. El entusiasmo y la esperanza aumentaron. Los que estaban durmiendo despertaron y también fueron a ayudar. Finalmente, alguien logró clavar la punta de una lanza en la grieta. Con mucho esfuerzo conseguimos levantar la losa.

Desde un foso de un codo de profundidad excavado en los cimientos de la iglesia brillaban, ante nuestra mirada, un vaso y cuatro candelabros de plata maciza. Un cofre con una esfera de cristal roja incrustada en la tapa contenía un puñado de anillos y monedas. En la parte superior había un crucifijo de plata, adornado con piedras preciosas. Fue la primera y única vez que oí a los nórdicos refunfuñar por la decepción ante un tesoro así.

—Éste es el motivo por el que el conde no ha prendido fuego a la iglesia —dije—. Los aldeanos temen que el calor derrita su plata.

—Parece que podemos agradecer a nuestra recién adquirida riqueza estar todavía vivos. —Hastein alzó el crucifijo hacia los primeros rayos del sol que caían oblicuamente a través de las ventanas del coro. Los brillos se reflejaron en las paredes de piedra—. ¿Nos permitiría Thor hallar tal fortuna si nuestro destino fuera morir bajo las espadas de los francos?

Muchos sonreían confiados, pues el justo dios del trueno nunca nos jugaría esa mala pasada. Otros pensaban que si fuesen Odín o Loke, el dios de las travesuras, quienes nos hubieran conducido hasta la aldea, nadie podría estar seguro de eso. No sería la primera vez que hombres valien-

tes conseguían una gran riqueza poco antes de morir en la batalla para poder llenar las filas de los *Einherjer*, los guerreros fallecidos que se reunían en el Valhalla para defender al mundo de los dioses, Asgård, contra los gigantes, que eran sus enemigos seculares.

—Sois una pandilla de chismosas —se burló Hastein de los indecisos—. Odín tiene cosas más importantes que hacer que mezclarse en asuntos de los humanos, y Loke es un cobarde que se queda lejos cuando se tiene que luchar en una batalla. Es el dios del trueno quien nos trajo a Brissarthe. Anoche escuché resonar su martillo, Mjølner.

Varios hombres más también creían haber escuchado un trueno en la distancia, a pesar de que la noche había sido estrellada y tranquila.

—Soy vuestro líder y siempre he sido un hombre de Thor —prorrumpió Hastein, como si con eso quedara zanjada la cuestión—. Mirad el martillo en mi cuello.

Señaló el pequeño talismán plateado atado a un cordón de cuero que acababa de mostrar a sus hombres, pero las protestas persistieron. No estaba nada claro, según decían los desconfiados, que Hastein fuera el líder de la expedición, pues no era ni un gran señor ni un conde. Habían confiado en su conocimiento de la zona, y ahora estaban en una ratonera.

—Ninguno de vosotros hubiera sido mejor guía que yo —se defendió Hastein.

Voces furiosas se alzaron bajo la techumbre de la iglesia. Los reproches mutuos flotaban en el aire. Los más vehementes echaron mano a sus armas. Noté que la voz de Hastein se estaba volviendo estridente y que su frente se empapaba de sudor cuando de repente oímos un grito procedente de los dos altos ventanales de encima de la puerta, donde los arqueros seguían vigilando.

—Los francos se mueven.

—¿Qué hacen? —se apresuró a preguntar Hastein.

— ¡Están cavando!

Hastein y yo trepamos por la escalera que daba al lugar donde ellos se encontraban. En el exterior, los francos se habían puesto a cavar una profunda zanja que cruzaba la plaza de la iglesia, amontonando la tierra en un parapeto, que reforzaban con estacas puntiagudas para el asedio.

Hastein miró los caballos que permanecían de pie en la nave de la iglesia, como en un establo, y tuvo una idea.

El calor de la mañana flotaba sobre la plaza de la ciudad, y los francos se habían despojado de sus sayas y cotas mientras trabajaban con las hachas y los azadones. Cuando oyeron que retiraban el pasador de la puerta de la iglesia desde el interior, se enderezaron y se secaron el sudor de sus rostros. No esperaban que nos rindiéramos tan rápido. Se sonrieron los unos a los otros y asintieron seguros de la victoria.

La puerta de la iglesia se abrió de golpe. Nuestros caballos salieron al galope a la luz del sol. Los pobres animales estaban presas del pánico, ya que los arreábamos con lanzas y capas, y pisotearon a todo aquel que no pudo apartarse lo suficientemente deprisa. Hicimos huir a los supervivientes con golpes en la espalda y en las nalgas, pero no pudimos escapar. Los caballos desaparecieron entre las casas, y la infantería de los francos, que se había establecido alrededor de la aldea, apareció rápidamente para formar un muro de escudos. Los seguía un hombre entrado en carnes sobre un semental blanco. Peleaba concienzudamente para colocarse la cota de malla. Su casco reluciente colgaba del fuste de la silla.

— ¡Ahí tenemos al conde Robert de Anjou! — gritó Hastein con ardor por encima del ruido de la batalla —. Tarde o temprano estará listo, así que tenemos que prepararnos para defendernos.

Nos desplazamos juntos, hombro con hombro, formando un muro. Los escudos redondos, que se superponían entre sí, eran nuestra única protección contra el odio de los francos. Sus armas martilleaban con fuerza contra los escudos de madera de tilo, del tamaño de una tapa de pozo, de menos de una pulgada de grosor y forrados con un cuero que se deterioraba con rapidez en el fragor de la batalla.

Saqué mi sax, un cuchillo de la misma longitud que el antebrazo de un hombre. Se llamaba Sed de Sangre, porque una buena arma debe tener un nombre, y cada vez que prueba sangre enemiga aumenta su fuerza. Un sax es más fácil de manejar que una espada o un hacha en el reducido espacio de un muro de escudos, y con él pinchaba por debajo de los escudos de los francos para causarles el mayor destrozo posible en las piernas y el abdomen. Con Sed de Sangre he ganado muchas batallas durante mi larga vida, y aquella mañana en Brissarthe, aunque aún era joven e inexperto, ya conocía la técnica por los múltiples ejercicios de combate a los que habíamos dedicado nuestro tiempo libre durante el invierno. Aun así, tenía miedo. Sin la posibilidad de escapar, incluso los guerreros más valientes y diestros a menudo sienten terror en el muro de escudos y vomitan o defecan en los pantalones.

Tan pronto como los francos avanzaron, nosotros retrocedimos. El conde Robert esbozó una risa triunfal en su orondo rostro. Desde su montura bramó órdenes a derecha e izquierda y ya no se preocupó de la cota ni se puso el casco. Con la cabeza descubierta, obligó a avanzar a sus guerreros mediante órdenes y amenazas. Los francos no eran guerreros tan hábiles como nosotros, pero nos cuadruplicaban en número y no estaban dispuestos a dejarnos marchar. Paso a paso nos hicieron retroceder, y nuestro muro de escudos tomó la forma de un semicírculo, en lugar de una línea, porque teníamos que defender ambos flancos. Los hombres peleaban, gritaban y morían en el li-

mitado espacio, y no dejaban de llegar más francos pertrechados con cotas de malla y fuertemente armados.

En medio del tumulto, Hastein se dio la vuelta e hizo una señal a los arqueros apostados sobre la puerta de la iglesia. Dos flechas perforaron el torso desprotegido del conde Robert, que, atónito, contempló las astas emplumadas que le sobresalían del pecho y del brazo. En la siguiente oleada fue su ojo derecho el que recibió el impacto. Osciló en la silla, echó la cabeza hacia atrás y cayó de costado del caballo.

—*Le compte est mort!*

El grito se fue repitiendo por toda la plaza de la iglesia. El ataque de los francos perdió fuerza, y aprovechamos para regresar a la iglesia y cerrar la puerta detrás de nosotros.

—¡Veremos cuánto tiempo aguanta el toro franco sin cabeza! —gritó Hastein, y disfrutó del júbilo ensordecedor de sus hombres.

Antes de ese desenlace nos había explicado que la gran debilidad de los francos era su respeto a la autoridad. Cuando al conde Robert, también llamado Robert el Fuerte, se le metía algo en la cabeza, no descansaba hasta conseguirlo. Era un indeseable, un tirano y un verdadero maestro a la hora de intimidar a sus hombres para que obedecieran las órdenes, además de poseer grandes dotes como comandante y estratega. Pero, precisamente por eso, sus soldados no estaban acostumbrados a tomar la iniciativa por sí mismos.

A muchos les resultaba difícil creer lo que Hastein contaba sobre los francos, porque entre los habitantes del norte sólo una minoría se dejaba guiar por algo diferente de la voluntad de los dioses y su propio sentido común. Sin embargo, después de mucho discutir, los hombres aceptaron probar su artimaña. Era bien sabido que desde niño Hastein había participado en saqueos por todo el país de los

francos con Bjørn Costado de Hierro, el mayor de los cinco hijos del famoso Ragnar Lodbrog, y ahora, con casi diecisiete años, la mayoría creía que se podía confiar en él, a pesar de que aún era un niño sin cicatrices ni arrugas.

Quedó demostrado que Hastein había acertado. Al atardecer pudimos salir a la plaza de la aldea sin encontrar un alma. Las zanjas a medio cavar y las barricadas estaban abandonadas. Las fuerzas superiores en número de los francos habían desaparecido.